

EL VIEJO JUDÍO

En una calurosa tarde de verano, me encontraba yo con dos compañeros de escuela de una pequeña ciudad provincial, sentados en el banco que se hallaba a la sombra de altos árboles de la calzada. Lo más probable es que, como de costumbre, nos habíamos burlado una vez más de nuestros maestros, cuando un judío viejo, jorobado, de barba blanca, se acercó a nosotros, con ojos de guiño amable. El hombre tenía que cargar un costal pesado y estaba contento de poder descansar un rato.

Por un rato, escuchó nuestra conversación. Luego nos preguntó amablemente en qué grado estábamos y qué aprendíamos. Nosotros, claro está, presumíamos mucho de nuestros conocimientos y capacidades.

—*¿Habéis aprendido también el relato bíblico de la creación?*

—*Claro que sí!* —gritaron las voces alegres—, *muy detenidamente, con mucho más cuidado que en los grados inferiores. Nuestro maestro de religión dedicó varias semanas a ello.*

—*Varias semanas?* —sonrió satisfecho el viejo, y se sobó su barba blanca—. *¿Será verdad, varias semanas? Entonces no cabe duda de que estáis bien documentados. Pero aun así quiero contáros algo.*

—*Un judío, un hombre inculto, quiere enseñarnos a nosotros?* —*Nos acercamos con mucha expectación, y el anciano nos contó la siguiente historia:*

Un judío de recto pensamiento que, por solicitud y trabajo, había llegado a una condición relativamente acomodada, llegó a la convicción de que no podía darle a su hijo único una mejor dote para la vida que el darle un buen aprendizaje. Por eso, cuando su hijo había llegado a los 18 años, se puso en contacto con el rabino de la pequeña población para consultar con él qué era lo que había de aprender el joven. El rabino, que seguramente no recibía muchas veces semejantes consultas y que conocía al joven mozo como sumamente moral e inteligente, le dio al padre el consejo de que el hijo debía estudiar la sabiduría divina. Este consejo se lo dio en parte por auténtica comprensión, en parte por una secreta vanidad.

En un principio, el viejo vacilaba en dar su consentimiento, alegando que era un oficio harto difícil que requería larga preparación y que luego arrojaría poca utilidad para la vida real. Pero el rabino insistió en su persuasión, y le colocó ante la visión del padre la felicidad del hijo con colores tan radiantes que, por fin, el padre se declaró dispuesto, aunque suspirando, a hacer el sacrificio.

Acompañado por la bendición paterna, el hijo se trasladó a la lejana ciudad donde estaba la escuela de un célebre rabino. Allí había de permanecer por tres años. El padre trabajaba recio y la madre administró bien el patrimonio, para que siempre se consiguiera a tiempo el dinero necesario para el hijo y para que, de vez en cuando, se le pudiera mandar un pequeño regalo extra. El hijo escribió cartas muy contentas y a menudo mencionó los elogios que le prodigaron sus maestros.

Cuando hubieron transcurrido los tres años y cuando la madre, llena de entrañable alegría, ya preparaba toda la casa para recibir al hijo, y cuando el padre, en cálido orgullo, contó a sus vecinos del pronto retorno de su hijo único, llegó un día una carta particularmente gruesa. Con el corazón palpitante los padres la abrieron. Contenía el informe en el que se hizo constar que el hijo había pasado todos los exámenes reglamentarios en forma ejemplar y que su rendimiento académico había sido superior al de cualquier otro estudiante de los últimos 10 años.

Pero junto con el informe vino una carta muy detallada del director del seminario. El célebre rabino escribió que nunca se podría alabar lo suficiente la energía espiritual y la pureza ética con que estaba dotado ese estudiante. Durante todos los tres años, no había dicho ni una sola cosa que se apartara de la verdad, con lo que se hizo cada vez más maduro para comprender incluso las verdades más elevadas. Para un talento de esta índole no bastaría la terminación usual de estudios. Sería un crimen si a este joven no se le transmitieran todos los tesoros espirituales del saber humano.

Por lo tanto, le hizo al padre la sugerencia de permitir que su hijo siguiera aprendiendo por otros tres años, durante cuyo tiempo habría de tomar lecciones aún con otros célebres maestros del país. Que se convirtiera en andariego y se apropiara todo cuanto pudiera enriquecer y ennoblecer la vida.

Los padres sintieron felicidad rebosante y, al mismo tiempo, amargo desengaño. La madre se escapó silenciosamente de la pieza; el padre estaba sentado por mucho tiempo en pensamientos y apoyaba su cabeza en la mano. Una y otra vez leyó la carta y hasta bien entrada la noche estuvo sentado ahí con la frente fruncida. A la mañana siguiente, se levantó muy temprano, se sentó a la mesa y, con mirada radiante, escribió unas breves palabras: contenían su consentimiento.

Pasaron otros tres años; los padres trabajaban y esperaban; el hijo aprendía, crecía y maduraba. Cada vez iba en aumento la nostalgia y la ternura que se reflejaba en sus cartas y en las de los padres. “*Ya vendrás pronto?*” escribió el padre con la mano temblante, a la ciudad donde sabía que radicaba el hijo. “*Vendrá pronto?*” palpataba la pregunta en el corazón de la madre. Ella limpiaba los últimos rincones de la casa, puso diariamente flores frescas en la ventana que daba sobre la calle y se detuvo soñadoramente tras ella.

Pero el próximo servicio de correos no trajo carta del hijo amado. Después de dos semanas, hubo otro servicio; los padres ya salieron a su encuentro buen trecho del camino: y otra vez no había carta. Y no llegaban cartas, por mucho que adelantaba el año. Habían esperado al hijo por la primavera y ya se pusieron amarillas las primeras hojas del bosque de fronda y no había llegado.

Hacía tiempo que los padres habían escrito a un conocido suyo que vivía en la misma ciudad en que el hijo había aprendido últimamente. Este conocido sólo pudo informar que en la primavera el joven había desaparecido de la ciudad y que no se sabía a dónde.

Ahora que el padre ya no podía mandarle nada al hijo amado y que la madre ya no podía preparar ninguna sorpresa, la vida les parecía a ambos vana y vacía. El padre se dio cuenta un día de que

ya era demasiado débil para el trabajo; la madre estaba sentada a veces por noches y lloraba. Una noche, cuando estaba sentada en esta condición, el esposo se levantó en la cama y dijo con voz calmada:

-*“¿Ves aquella estrella que nos está mirando por la ventana? En este momento, yo soñé una figura luminosa, cuyo rostro resplandecía con el mismo brillo que aquella estrella. Fue como si se hubiera acercado a mi cama y me hubiera dicho: por ahora tu hijo tiene que vivir conmigo; pero está vivo y vosotros volveréis a verlo”.*

La mujer agarraba la mano del hombre y dejó que él le contara el sueño otras dos veces. Esto fue en la temporada de las largas noches.

Después, cuando los días empezaron a alargarse, parecía casi como si con la luz creciente se infiltrara una esperanza creciente en los corazones atormentados.

El poder del sol aumentaba más y más; los botones se henchían en los árboles, los pinzones trinaban por las mañanas con gozo alegre como si fuera un certamen de canto. La fiesta de Pascua estaba por celebrarse.

Una mañana, cuando los padres habían cumplido con la devoción reglamentaria, se abre la puerta: ahí está un hombre. *“¡Hijo!”* Un grito doble jubiloso, casi desesperado. Él está arrodillado y aprieta las manos de sus padres contra su frente. Entonces se ve atraído suavemente hacia el abrazo de ellos. *“Queridos padres”*; y no bien lo hubo pronunciado cuando ya le brotaron las lágrimas de alegría de los ojos, y la commoción sofocó su voz.

Y luego el preguntar, el narrar, y una y otra vez una pregunta cálida, medio miedosa, medio aliviada. *“¡Qué hermoso es él!”* piensa la madre una y otra vez. *“Cuánta hombría,” cuánta sabiduría* resonaba en el pecho del padre. Y luego vino la pregunta más grave y más temblorosa para la cual el padre tiene que reunir todo el vigor de su corazón:

“¿Dónde estuviste en este último año, por qué no nos escribiste ni una sola vez?”

El hijo responde con claridad y calidez. Había conocido muchos maestros para aprender lo que se había propuesto. Pero un gran maestro le había faltado todavía y a éste sólo podría encontrarlo en la soledad.

“Tuve que estar lejos, padres queridos, ahí donde durante el día podían conversar conmigo las flores y de noche las estrellas. Nada debía yo oír del mundo externo para poder aprender a comprender ese lenguaje”.

“¿Y a nosotros nos abandonaste por completo?” Un reproche medio doloroso, medio indulgente.

“Para estar más cerca de vosotros por todos los tiempos”.

Llega la Pascua. Había amainado la más fuerte commoción del retorno. El orgullo del padre clama por su derecho. En la mañana del primer día de la Pascua le pregunta:

“Hijo, ¿hablarás hoy en la comunidad sobre lo que has aprendido?”

“Hablaré, padre mío, sobre todo lo que he aprendido”.

“¿Hablarás de todo lo que has aprendido en tantos años?”
“Sí y no, padre mío”.

Una duda amenazante y fría embarga al padre.

“¿Has aprendido tan poco que en una hora puedes hablar de todo ello? Hijo, hijo, ¿qué has aprendido?”.

“Padre querido, aprendí a duras penas y con muchos esfuerzos el primer capítulo del primer libro de Moisés”.

El anciano por poco sufre un colapso:

“¿El primer capítulo?”, exclama con voz entrecortada, “¿y para eso todo mi trabajo, todas mis ansias... el dinero... el dinero...? ¿Y el informe escolar, el buen informe, hijo?”

Se endereza amenazante y, escuchando con ansia:

“Hijo, ¿no te permites malas bromas conmigo? Te pregunto qué es lo que has aprendido”.

El joven palidece y se ruboriza, pero su ojo muestra un suave resplandor. Con voz baja y calmada le dice al padre:

“Permíteme que te responda hoy por la noche; pero al medio día quiero hablar a la comunidad”.

El padre tiene dificultades de andar erguido cuando va a la sinagoga; la madre lo acompaña sin palabras. Todos sus pensamientos se concentran en el hijo que se ha adelantado. Y siempre hay un pensamiento sonriente en ella: “Cuán bello es él”.

La comunidad se halla congregada. El joven toma la palabra.

“Hablaré del primer capítulo del primer libro de Moisés” y en palabras claras y fogosas habla de todo el curso del Relato de la Creación. Habla en forma distinta de la acostumbrada, y un insólito calor emana de las afirmaciones tal como él las ensambla. El padre siente que el alivio invade su ánimo.

“No, seguramente él no habrá perdido su tiempo”; y en la madre, todo el corazón es sonrisa.

Termina la revisión sinóptica del tema. Ahora todo el mundo espera la aplicación moral del tema en su tratamiento.

“Y ahora os hablaré de la primera palabra del primer capítulo del primer libro de Moisés”.

Todos se enderezan de asombro, el padre se asusta, la madre en sueños ve todo un mar de luz del sol. Y él habla aún más portentoso, aún más insistente. Revela a la multitud que le escucha con el aliento retenido, cómo hay que empezar por aprender a leer las palabras de la Escritura. Cuáles son los misterios ocultos en cada una de las palabras si uno conoce la clave anímica para interpretarla. Que en cada una de estas palabras se halla oculta toda una historia de todos los hechos de la divinidad. Y luego cuenta la historia de la primera palabra. Ahí no hay regaño, no

hay amonestación: tan sólo sabiduría. Y la comunidad siente que al escuchar esta sabiduría ella misma es mejorada y purificada.

“Así es cómo quiero hablaros sobre las demás palabras; así es como quiero y puedo contaros, hermanos míos, sobre las maravillas del primer capítulo del Relato de la Creación hasta el día en que, de anciano, descienda a la tumba. Y después de mí vendrán otros que habrán de agregar aspectos nuevos sobre estas mismas palabras, y ellos hablarán aún sobre otras palabras de las que ahora vosotros todavía no tenéis conocimiento”.

Cuando la comunidad se retiró, cada participante de la asamblea sintió que llevaba dentro de su alma un germe del que habría de nacer una flor maravillosa.

El viejo rabino del pueblo no dijo palabra en ese día; sobre sus labios flotaba una sonrisa extraña. En esta sonrisa, se reflejaba algo así como una gratitud un tanto melancólica y algo que le hablaba desde las honduras de su alma en palabras que él no fue capaz de captar. Sólo meses después, a la hora de su muerte, reconoció, con gozoso estremecimiento, que ese mensaje fue el fogoso deseo de volver a ser joven algún día.

En la noche, la madre no podía apartar su mirada de las estrellas. El padre, cuando había obscurcido por completo, le dijo a su hijo:

“Ahora ya sé qué has aprendido y quién te enseñó. Doy gracias a Dios que me convirtió a mí en siervo indigno de tu aprendizaje.”

Aquí el narrador se detuvo. Sus ojos se habían vuelto muy grandes y como candentes de ardor interno. Cargó con su costal, saludó bajando la cabeza, y continuó su caminata con paso lento y columbiante. Nosotros, en silencio, lo mirábamos alejarse hasta que hubo desaparecido.

¿Fue verdad que un viejo judío nos había hablado?

¿Sabíamos con certeza que aquél era un judío, y nosotros verdaderos cristianos?

La reverencia nacida en el corazón, fue ascendiendo en nosotros hasta llegar a la cabeza, de suerte que ésta se inclinara en humildad. Así, cada uno de nosotros regresó a casa por su propio camino.

Aportación de J. A.